

II Domingo de Cuaresma

28 de febrero de 2021

- **Gén 22, 1-2. 9a. 10-13. 15-18.** *El sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe.*
- **Sal 115.** R. *Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos.*
- **Rom 8, 31b-34.** *Dios no se reservó a su propio Hijo.*
- **Mc 9, 2-10.** *Este es mi Hijo, el amado.*

Seis días más tarde Jesús toma consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, sube aparte con ellos solos a un monte alto, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús.

Entonces Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

No sabía qué decir, pues estaban asustados. Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube: «Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo».

De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban del monte, les ordenó que no contasen a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos. Esto se les quedó grabado y discutían qué quería decir aquello de resucitar de entre los muertos.

(Marcos 9, 2-10)

1. Desde la Palabra de Dios

La segunda parte del Evangelio de san Marcos presenta a Jesús como el “Mesías sufriente”, en el contexto de la “subida a Jerusalén” para celebrar la Pascua. En tres ocasiones, Jesús descubrirá a los discípulos que subir a Jerusalén significa renuncia de sí mismo, cargar la cruz y entregar la vida. Ante esto, surgen los miedos, el vértigo ante lo desconocido.

En el evangelio de este segundo domingo de cuaresma, Marcos nos describe la transfiguración de Jesús. Un relato que tiene la intención de dar ánimos a los discípulos más íntimos, que necesitan rehacerse del golpe sufrido por la predicción de Jesús sobre su fin en la cruz.

El texto comienza con un dato temporal: «seis días después». Esta referencia alude al relato del Éxodo (24, 16) cuando Moisés subió al Sinaí y la nube —la gloria de Yahvé— lo cubrió durante seis días, antes de promulgar los mandamientos de la Alianza.

La montaña en la Biblia es el lugar privilegiado de las teofanías —manifestaciones de Dios—. Los vestidos resplandecientes son signo de la gloria de Jesús. La transfiguración es un destello anticipado de la resurrección de Jesús y de la confirmación de la obra de Jesús por parte del Padre.

Es significativo que se aparezcan dos personajes del antiguo testamento: Elías y Moisés. Elías representa a los profetas. Moisés representa a la Ley. Así dividían los judíos los libros del Antiguo Testamento. Tanto Moisés como Elías contemplaron en el monte —Moisés en el Sinaí y Elías en el Carmelo— la gloria de Dios. Marcos quiere significar que Jesús es la plenitud de la profecía y de la Alianza. Es el Mesías esperado y prometido.

La contemplación de Jesús, radiante y glorioso, llena de temor y confusión a Pedro y a los compañeros. Y brota espontáneamente de la boca de Pedro el gozo y el deseo de permanecer en ese momento de júbilo: «qué bien se está aquí». Con Jesús resplandeciente, se sienten bien los discípulos. A Jesús sufriente lo dejarán abandonado y solo.

Como en el bautismo de Jesús, se oye la voz del Padre, que vuelve a proclamar: «este es mi Hijo, el amado; escuchadlo». En el Jordán Jesús aún no tenía una comunidad de discípulos: ellos van a iniciar la Iglesia de Jesús, que se sienten “hijos amados en el Hijo”. Y, por tanto, han de estar en esa postura constante de identificarse con el Hijo amado. Es el imperativo del Padre: escuchadlo.

Si el primer domingo de cuaresma se nos invitaba a entrar en el desierto para gozar de las dulzuras de la oración, hoy se nos dice que hay que bajar de la montaña para reemprender la rutina de cada día con sus problemas y sacrificios.

Hay que subir a la montaña del encuentro con el Señor para luego convertir la vida diaria en un “encuentro” más sencillo con el mismo Dios y así transfigurar nuestra pequeña historia en “historia de salvación”. Jesús sigue presente en nuestra vida con toda su eficacia, pero su presencia es sencilla y entre penumbras.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio hoy, segundo domingo de Cuaresma, nos invita a contemplar la transfiguración de Jesús (cf. Marcos 9, 2-10).

Este episodio está ligado a lo que sucedió seis días antes, cuando Jesús había desvelado a sus discípulos que en Jerusalén debería «sufrir mucho

y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitado a los tres días» (Marcos 8, 31).

Este anuncio había puesto en crisis a Pedro y a todo el grupo de discípulos, que rechazaban la idea de que Jesús terminara rechazado por los jefes del pueblo y después matado.

Ellos, de hecho, esperaban a un Mesías poderoso, fuerte, dominador; en cambio, Jesús se presenta como humilde, como manso, siervo de Dios, siervo de los hombres, que deberá entregar su vida en sacrificio, pasando por el camino de la persecución, del sufrimiento y de la muerte.

Pero, ¿cómo poder seguir a un Maestro y Mesías cuya vivencia terrenal terminaría de ese modo? Así pensaban ellos. Y la respuesta llega precisamente de la transfiguración. ¿Qué es la transfiguración de Jesús? Es una aparición pascual anticipada.

Jesús toma consigo a los tres discípulos Pedro, Santiago y Juan y «los lleva, a ellos solos, a parte, a un monte alto» (Marcos 9, 2); y allí, por un momento, les muestra su gloria, gloria de Hijo de Dios.

Este evento de la transfiguración permite así a los discípulos afrontar la pasión de Jesús de un modo positivo, sin ser arrastrados. Lo vieron como será después de la pasión, glorioso.

Y así Jesús les prepara para la prueba. La transfiguración ayuda a los discípulos, y también a nosotros, a entender que la pasión de Cristo es un misterio de sufrimiento, pero es sobre todo un regalo de amor, de amor infinito por parte de Jesús.

El evento de Jesús transfigurándose sobre el monte nos hace entender mejor también su resurrección. Para entender el misterio de la cruz es necesario

saber con antelación que el que sufre y que es glorificado no es solamente un hombre, sino el Hijo de Dios, que con su amor fiel hasta la muerte nos ha salvado. El padre renueva así su declaración mesiánica sobre el Hijo, ya hecha en la orilla del Jordán después del bautismo y exhorta: «Escuchadle» (v. 7).

Los discípulos están llamados a seguir al Maestro con confianza, con esperanza, a pesar de su muerte; la divinidad de Jesús debe manifestarse precisamente en la cruz, precisamente en su morir «de aquel modo», tanto que el evangelista Marcos pone en la boca del centurión la profesión de fe: «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios» (15, 39). Nos dirigimos ahora en oración a la Virgen María, la criatura humana transfigurada interiormente por la gracia de Cristo. Nos encomendamos confiados a su maternal ayuda para proseguir con fe y generosidad el camino de la Cuaresma.

Papa Francisco. Ángelus 25/02/2018

3. Desde el fondo del alma

Nos quedamos como los discípulos maravillados de la presencia luminosa de Jesús.

¡Qué bien estamos con Él! El gozo de la oración, del encuentro con Jesús, ha de perdurar en nuestra vida para ir dominando las contrariedades que nos puedan llegar.

Dios Padre bueno, Tú que tanto nos has amado
que nos has enviado a tu Hijo,
para hacernos hijos en el Hijo;
Tú que nos has dado gracia sobre gracia,
bendiciones sobre bendiciones
al darnos a tu Hijo Jesús,
para que Él te diera a conocer plenamente,
te pedimos que nos des tu Espíritu Santo

para que Él actúe en nuestra vida,
para que nos ablande el corazón
y nos abra a ti para que Tú actúes en nosotros.

Dios Padre Santo,

danos la gracia de conocer
cada vez más a tu Hijo, para que conociéndolo
asumamos sus enseñanzas,
para que conociendo su palabra
tengamos en Él vida y salvación. Amén.